

hasta el nombre Almonte, si el que tiene la desgracia de llevarlo hubiera obtenido por el voto de sus conciudadanos la presidencia que ambicionaba, y no hubiera preferido quedar en la historia con el del segundo conde D. Julian.

Si el Presidente Juarez es el legítimo ó no, si es bueno ó malo, ese es asunto nuestro, y si traiciona á su patria, ú oprime á sus conciudadanos, hay leyes en la República para exigirle y hacer efectiva su responsabilidad. Así es que lo único que dijo de acertado el Sr. Billault, aunque para hacer reír, fué que: "si los mexicanos desairan la intervencion extranjera y están contentos con su Juarez, que buen provecho les haga." Venir de fuera, y precisamente de Francia, á decir que ha sido impuesto por la fuerza, en México causa risa, en el extranjero causa escándalo. La fuente de mis demostraciones en esta parte, como observará vd. que lo es en todos los puntos de esta carta, es la doctrina reinante en Francia y el título de su emperador, S. M. se llama Napoleon III por la voluntad de la nacion francesa; ó S. M. no es el legítimo ó lo es el Sr. Juarez, y esto lo reconoce S. M., tanto por lo que dijo en su nombre y con acierto el Sr. Billault, como por lo que escribió al general Laurencez en una carta, á saber: que no sentaba bien á su origen ir á imponer otro gobierno á los mexicanos. Por este principio tampoco debería ir á tratar de echar abajo el del Sr. Juarez. Si hay alguna diferencia en el origen de la autoridad de uno y otro, es el favor de éste último. Allá, con un sistema centralizado á militar, y despues del golpe de estado, se dió como una prueba de que había habido libertad en la eleccion, que hubo algunos votos en contra, en una proporción de seiscientos y tantos mil votos, por cinco, ó seis, ó siete millones en favor.

Acá, en un sistema popular, sin ejército ni prefectos, sino con veinte y tantas soberanías independientes, hubo en todas ellas, dispersion de votos entre diversos ciudadanos, ninguno de los cuales se presentó á candidatura, y los que reunieron mayor número, fueron en proporción de cinco mil y tantos D. Benito Juarez, y cada uno de los ciudadanos Gonzalez Ortega y Lerdo, de 1,800 á 2,000. El Congreso, elegido también popularmente, declaró que el elegido de la nacion, era D. Benito Juarez. Todavía más: á poco tiempo despues, cincuenta y un diputados dirigieron á este ciudadano una representación, pidiéndole renunciara la presidencia.

No le decian, ni le podian decir, que no la tenía legítimamente por voluntad de la nacion, puesto que ellos mismos habían declarado lo contrario, sino que su moderación no correspondía al vigor que ellos querían se manifestara en ciertos ramos de la política ó de la administracion, y querían que entrase otro en su lugar. Esta representación fué enviada á todos los Estados, con una circular en que excitaban á sus pueblos y á sus gobiernos, á que la secundaran; y de todas partes, de todos los gobiernos y pueblos, que eran los comitentes de esos diputados, vinieron desechando la excitativa, que no produjo más efecto que decretos de las legislaturas y actas de juntas populares, y aun de aquellos Estados que no habían votado á D. Benito Juarez, declarando que no reconocerían ni obedecerían otras autoridades, que las que emanaran de la Constitución; de manera que no les quedaba á los diputados, deseosos de un cambio, ni el arbitrio de ganar una mayoría en el Congreso, para poner otra persona. Si en todas estas elecciones reiteradas y refrendadas, se quiere decir que hubo abstención de una gran mayoría de reaccionarios que se quedaron en sus casas, ¿á qué debemos estar? ¿cuál es la regla, cuál el áncora segura para la paz de los pueblos, cuál es esa que invoca el emperador de Francia, como el origen legítimo de su autoridad? Dejar de ir á la casilla, abstenerse de cumplir con un deber, que es en daño ó en provecho suyo, y quedarse á murmurar cada uno en su rincón, y sin uniformidad entre ellos mismos, para su candidato, porque cada uno tiene el suyo, para apelar despues á las armas y en el campo de batalla disputarse la presa cada jefe militar, ó aliarse con fuerzas extranjeras, para otra forma y otros gobernantes, ¿será un principio que admita el sistema imperial, actual de la Francia? Creo que no; pues entonces, ¿cómo va inconsecuente consigo misma, á hacer resucitar cuestiones decididas por los medios legales y únicos posibles, y á envalentonar minorías egoístas, divididas, y sobre todo, derrotadas, tanto en el campo de batalla como en el del escrutinio? ¿Qué sería de este pueblo de los Estados Unidos, si tales ejemplos se dieran en sus elecciones? No hay más que calcularlo por la animosidad que se ha tenido en las elecciones de estos días, y las cosas inauditas que se dicen, pero la guerra ha quedado en los papeles.

En cuanto á la ferocidad del carácter

de ese Sr. Juarez, que se ha querido á fuerza presentar en el extranjero como un tigre, debo informar á vd., como hechos públicos, que: dos veces ha sido gobernador en el Estado de Oaxaca. En esas dos épocas no se llegó á dar un sólo ejemplo de un francés, de un español, ni de ningún extranjero, que haya sido vejado ú oprimido, y es fácil designar á quién, si esta asercion no es tan absolutamente exacta.

Esta interpelacion se ha hecho ya al comisario francés, en los primeros días de Abril, cuando se estaban preparando las conferencias que conforme á los convenios de la Soledad, debían abrirse el 15. Dijo ese señor, que posteriormente á ellos, había recibido cartas de México, en que le daban parte de nuevos ultrajes y nuevas vejaciones hechas á franceses: ¿se le preguntó á quiénes? No era una curiosidad impertinente de un partidario del Sr. Juarez, ni siquiera de un mexicano: eran sus compañeros, interesados también en tener materiales para reforzar sus reclamaciones, y él lo estaba en probar la exactitud de lo que avanzaba; eran comisarios plenipotenciarios de la misma categoría que la suya, representantes de las otras dos potencias aliadas de la Francia, sus iguales é igualmente unidos para un mismo fin: se le preguntaban con derecho y con autoridad: les debía una respuesta. Usted, como buen francés y como todos los buenos franceses, se habrá ruborizado de la que les dió. Pero para mi intento, es la mejor prueba de que no hubo un sólo caso que probara el aserto del señor ministro, ó del que se lo escribió. ¿Qué más? Estaban los franceses á treinta leguas matando mexicanos, y no solamente estaban sus paisanos vendiendo tranquilamente sus mercaderías en sus tiendas abiertas, sino que aun los que habían provocado aquella matanza, paseando impunemente por las calles, sin que un sólo grito, ni en general, ni en particular á ninguno de ellos les incomodara. Se recibió por el telégrafo la noticia de la victoria sobre los invasores: ella cundió en toda la ciudad, con la rapidez eléctrica con que había venido: el regocijo fué el que debe suponerse, manifestándolo el pueblo con vítores y músicas por las calles; pero, lo que es oficial, lo que dependía de la voluntad del presidente Juarez, ¿vd. cree que se hicieron salvas de artillería, ó que se permitió que se repicaran las campanas? No se oyó un sólo cañonazo ni el sonido de una sola campana, no obstante que sería tan justo y natural, como lamentable es que se so-

lemnicen victorias sobre hermanos. En la noche hubo la circunstancia del incendio de una casa en una calle principal, lo que allí es raro y provoca grandes reuniones de gente y carreras y agitacion; ni por este incidente hubo un sólo desorden, ni un insulto á ningún extranjero. Este es el presidente Juarez, y este el pueblo mexicano.

Algunos meses ántes, cuando se estaba todavía en el mayor ardimiento por la audacia desechada de los restos reaccionarios, llegó la noticia del asesinato en frío de D. Melchor Ocampo. Había sido este ciudadano, amigo personal íntimo del señor Juarez y su ministro: se había retirado y vivía en su hacienda de campo, guardado no por escoltas, sino fiando la seguridad de su persona á su ninguna participacion en la política y al respeto, el más comun, el que tienen hasta los salvajes al hombre indefenso, desarmado, confiado é inocente. De allí le fué á sacar un español con una gavilla que mandaba, lo condujo al cuartel general reaccionario, que se hallaba á una gran distancia, el cual lo hizo fusilar. A la llegada de semejante noticia y más despues á la de su cadáver á la ciudad, hubo, como debía haber, una general indignacion y un horror tal, que desde entonces dejó de ser Márquez el caudillo militante de los reaccionarios directores que estaban en México, y si esto sucedió con los reaccionarios, ¿qué no sería en el partido liberal? La indignacion subió á tal punto, que provocó una lamentable ley por parte del Congreso, inútil en las costumbres mexicanas, y por parte del pueblo, un tal deseo de venganza que se formaron muchas reuniones, las cuales en tropel y los clubs, se fueron hasta la habitacion del presidente, á pedirle les entregara los reos políticos que estaban en las prisiones, y eran los que habían servido de ministros á la reaccion y otros funcionarios, ó que los mandara ejecutar en el acto.

El Sr. Juarez tuvo la firmeza de despedir aquellas multitudes, diciéndoles que aquellos reos estaban juzgándose y bajo la proteccion de la ley; que primero pasarían sobre su cadáver, que tocar á la persona de ninguno de ellos; que mandaría fuerza pública á protegerlos, y efectivamente cuando estos amotinados, sedientos de venganza, no encontraron allí apoyo y salieron de palacio, dirigiéndose á las prisiones, las encontraron bien guardadas y tomadas con tropa todas las avenidas; y los presos fueron salvados, y ni entonces, ni despues ha sido ninguno sacrificado.

Esto lo informó el ministro inglés á su gobierno, al revés de lo que decia el ministro francés al suyo. Algunos de esos ministros que habian sido de Miramon, salieron al extranjero, amnistiados por el gobierno de Juarez; y otros han quedado allí quietos y tranquilos, siempre apreciados por su honradez y demás cualidades personales. Y es de advertirse, que en ello se habria hecho popular el presidente, que deseaba, como todos, vengar la muerte de su ministro y amigo; pero bien le estuvo haber tenido el buen sentido de no querer ganarse esa funesta popularidad; y está anécdota la refiero para instruccion de vd. y del gobierno francés, en la que verán cuán popular es la intervencion aun entre las personas que ella se ha arrogado el derecho de calificar por las únicas sensatas: uno de esos ministros, proscritos de Miramon. Pues bien, este buen mexicano tuvo el valor de presentarse espontáneamente, diciendo al gobierno, y publicándolo por los periódicos, que preferia ser condenado por sus paisanos á ser absuelto por extranjeros, ni aun sacado por su mano del horroroso lugar en que se habia refugiado.

Una sola ejecucion hubo, que produjo gran sensacion por la calidad de la persona, y ésta no fué mandada por el presidente Juarez porque tanto el ministro que habia quedado con él en la capital, como los dos que se hallaban á esa sazón ausentes, conferenciando con el general Prim en Orizaba, cada uno por su lado mandó, por el telégrafo ó por extraordinarios, órdenes para que no se le aplicara la pena de muerte, expresando que no habiendo llegado al campo enemigo, no deberia calificarse reo más que de haber violado su confinacion, en cuyo caso, segun la ley reciente, le tocaba la pena de diez años de destierro; pero estas órdenes y esta ingeniosa interpretacion de la clemencia llegaron demasiado tarde. Un consejo de guerra formado en la noche se atuvo á la letra de la ley, y no vió en el aprehendido más que el delito flagrante, y le condenó á muerte, sentencia cuya ejecucion siguió inmediatamente á su pronunciamiento. Los amigos del general Robles, no admitian la posibilidad en tan noble caballero, de que se fuera á aliarse con los invasores de su patria, sino que, presumian, en honor suyo, que como en su reciente pronunciamiento, conocido por el de Navidad, iria á gestionar que la expedicion de las tres potencias no tuviese un carácter hostil, sino de conciliacion de

partidos y en apoyo de un orden legal y liberal; pero el consejo encontró un apoyo de su juicio en la conducta de los que le acompañaban y se escaparon, que llegaron al enemigo, y juntos con él hicieron armas contra su patria, y juntos con él fueron derrotados en Puebla.

En este episodio hay que notar dos circunstancias, tambien para ilustracion del ánimo de vd., y para que forme el juicio que debe de todas las que han acompañado á una intervencion que no ha tenido una sola razon de ser. Por supuesto, que lo de haberse cogido á lazo á este general y arrastrádole, es una grosera intervencion, que la he venido á oír por primera vez fuera de la República. Pero es de notarse que una de las objeciones que hacia el ministro francés al gobierno del presidente Juarez, para reconocerle, era que no tenia bastante fuerza para sostenerse é imponer á sus enemigos, y cuando con un castigo tan severo y sobre una persona tan visible y de tanta valía en la sociedad, probó este gobierno que tenia los medios de tal para hacer cumplir sus leyes y someter á sus enemigos, entónces se le acusa de ser sistemáticamente cruel. ¿No es esto un partido tomado por fas y por nefas, porque se tiene necesidad de un pretexto?

Está tan caracterizada la pasion en todas estas alegaciones que, hablando de esta ocurrencia el Sr. Billault, dijo que la rabia sanguinaria de Juarez se habia cebado hasta en un hombre de bien, *en un país en que tan pocos tienen títulos para esta calificación*. El hasta sobra; pero ¿son de la fria justicia estos insultos á una nacion en masa? ¿Qué noticias tiene de México el señor ministro sin carterá? Acaso estudiaria la historia de la conquista en Solis y no tiene de México moderno más que los informes del último enviado, sin pensar que es el que se ha desmentido á sí mismo, el que quiere hacer proverbial, hablando del general Uruga, que es *mentiroso como un mexicano*. Con perdon del Sr. Billault, ese cumplimento, que en su lengua creo que se llama una *boutade*, da lugar á calificarlo además de lo que en la misma expresiva lengua se llama *maladrese*. ¿Pues no es la gente sensata la que viene á libertar en la República mexicana la intervencion francesa, y no tiene necesidad para tan oficiosa ayuda de decir que nueve décimos de su poblacion son los oprimidos? ¿y no dice que el Sr. Forey que no viene á hacer la guerra más que á un puñado de hombres sin escrúpulo

los ni conciencia? Luego la sensata es la gran mayoría: luego donde hay nueve décimos de gente sensata, escrupulosa y concienzuda, no son tan pocos los que tengan títulos á ser calificados de respetables; luego aquel hombre de estado se cortaba la cabeza con su cumplimiento de mal tono. ¡Ya vd. vé, señor ministro, que miserias y á qué inconsecuencias conduce una mala causa! No es vd. el que hubiera tenido semejantes descuidos; ya se vé, tampoco es vd. el que se formara juicio por los informes de una parte.

Otro ministro extranjero, muy amigo del francés, observando, sin causa para ello una conducta contraria á la de sus predecesores, de cara memoria en la República, habló de asesinatos diarios, principalmente en franceses. Franceses son los que, por papeles públicos, han *desafiado* (y usando de esta palabra) á que se designe en quiénes; y la respuesta se está esperando, como la que pidieron los plenipotenciarios inglés y español en Orizaba al francés. A más de las manifestaciones espontáneas de los franceses, por excitativa del tribunal de Jalisco, se ha instruido una averiguacion judicial en toda la República, para que todos los franceses residentes en ella vayan á declarar, en presencia de sus cónsules, las quejas que tuvieran. Es regular que el gobierno la haya enviado al de Francia. El resultado le ha de haber sido contrario, pues que no la ha publicado y el de México sí.

Habrán en algunos caudillos de las fuerzas liberales durante la guerra civil, abusos que citar; hay por desgracia funcionarios del orden constitucional, cuyas maneras y cuyo personal no hagan honor al partido, y cuyo despotismo brutal es condenado por la Constitucion, y quisieran los liberales ilustrados reprimir por interés mismo de la libertad, mas ¿dónde no? No hay más que volver sobre sí mismo. Los historiadores franceses de la primera revolucion, del consulado y del imperio, ¿no citan los hechos de altos y muy altos funcionarios que degradan á sus autores y deshonoran á una causa y á una nacion? ¿Y es cosa de desembarazarse de ellos en tiempos de turbulencia y en que la política, es decir, la necesidad de su propia conservacion hace peligroso ó imposible el ejercicio normal de la justicia? ¿Podráse negar el mágico poder de Napoleon I? ¿Y qué decia él mismo en Santa Elena de algunos de sus grandes mariscales?

Aquí mismo, en estos momentos, ¿no hay cuestiones con el gobierno de Was-

hington por arbitrariedades de algunos de sus agentes? Y la prensa, y los consejeros de la administracion, ¿no la están asediando para que no se muestre débil y vaya á sacrificar á sus probados servidores, que le dan victorias ó le mantienen Estados en la Union, á exigencias inoportunas de extranjeros? Yo no me meto en discutir quiénes tengan razon; cito hechos. Solamente haré las observaciones que puedo hacer en mi calidad de particular y en una carta: ¿Los jefes de partidas reaccionarias están exentos de esos atropellos en súbditos extranjeros, y de esos hechos á quienes se les quiere dar el nombre y la categoría de insultos á sus naciones? Quiénes pusieron el fusil en el hombro é hicieron marchar á cónsules ingleses entre filas y aun los pusieron en capilla? ¿Quiénes atropellaron precisamente á franceses últimamente en Arroyozarco? Aquellos mismos con quienes se han aliado los franceses.

En todo caso, esos hechos que se imputan á jefes de los ejércitos liberales, en buena ley de las naciones, serian la materia de un ultimatum, y en caso de que no se hiciera justicia á una debida demanda, se haria entónces una declaración de guerra en forma para obtenerla por la fuerza. Pero nada de esto se ha hecho. Búsquela vd. en los archivos del ministerio, á cuyo despacho ha vuelto, y no encontrará ni siquiera contestaciones que se hayan tenido previamente con el gobierno del Sr. Juarez. No habiéndose negado éste á la reparacion justa que se le hubiera pedido, mal se podria decir que el hecho por sí solo fuese un caso de guerra. Me confirma en este concepto la conducta misma de la Francia, llegando hasta la magnanimidad de aliarse con los autores y perpetradores de hechos iguales y más repetidos, y de más calificada odiosidad. Con que la intervencion es de tal virtud y eficacia, que aliándose con ella, aunque se hayan cometido los mayores pecados del mundo contra la Francia, al punto se perdonan todos y se queda en gracia del invasor.

Como al que afirma, es al que le toca probar, me bastaria que se hayan quejado sin respuesta las interpelaciones de los franceses residentes en varios puntos de la República, y de los comisarios inglés y español al francés, para que en el juicio de vd., como ya sucedió en el de todo el mundo, quedase demostrada la inexactitud de las aseveraciones del Sr. Saligny y del Sr. Billault, en contra del Presidente Juarez; pero yo he ido más adelanté,

porque estoy hablando con vd., y por esta consideracion he prescindido del derecho de cerrar á todo extranjero el recinto de méxico, y soy quien ha citado hechos precisos, sin necesidad de hacer un panegirico de la persona del primer magistrado de la República, y apoyándolos en documentos públicos oficiales, algunos de los cuales no son de mexicanos, sino de personajes caracterizados en informes á sus gobiernos.

Si la intervencion es injustificable en sus pretextos, no hay nada que la pueda disculpar en todas y cada una de las circunstancias que la han acompañado; una sola de ellas bastaria para deshonrar á una nacion.

En Europa no se comenzó á pensar en México sino hasta que aliándose el espíritu de venganza de algunos mexicanos con antiguas ilusiones de otros, se dió nacimiento á la idea de una posible solucion de cuestiones Europeas, con sacrificio de una nacion en América, que se tenia por incapaz de estorbarlo, y ocupando la parte más codiciada del continente.

Ella, (la intervencion) entró á la coalicion de Londres con miras ocultas, de lo cual es una prueba, que se quejó de la Inglaterra y de la España, cuando dice que la dejaron sola. Es claro que la Francia no habia de creer tener necesidad de aliados para una campaña contra México; se entiende que su despecho provino de que la dejaran sola al descorrerse el velo de sus designios, y cuando la retirada del apoyo de las otras importaba una protesta, por la violacion de lo convenido, y una desaprobacion de los reprobados medios de que se habia valido para internarse en el país y tomar en la cuestion más parte que la que le correspondia.

Con igual mira invitó á los Estados- Unidos á entrar en la coalicion para que la dejasen libre la accion, y no fuesen por un resentimiento á poner trabas y saliendo en terceria, como se dice en el foro, la excluyesen de toda contienda en el continente, y la impidiesen quedarse con la presa que ella ambicionaba; y porque allá en un porvenir, podría suceder, que separándose definitivamente el Sur del Norte, apoderada de México, le convendria aliarse con el uno (el poseedor de esclavos!) contra el otro, y tentar sus fuerzas contra esta potencia. Una vez atacado el coloso, debilitado en sus medios militares, agotados sus recursos perdido su prestigio, ya seria fácil el golpe á todas las demas Repúblicas, de pernicioso ejemplo para los pueblos de Europa. Escoger la interven-

cion para acometer su empresa, la circunstancia de la guerra civil de los Estados- Unidos, cuando ni el Norte ni el Sur pueden distraer un buque, ni una parte de las fuerzas que han menester para vencerse el uno al otro, y cuando el Sur anda mendigando en Europa su reconocimiento como nacion, será de alta política y de diplomacia muy sagaz; pero no honra mucho la caballerosa valentia de la Francia ni las miras de su gobierno.

Mucho ménos la honra, aprovecharse de la misma circunstancia de la República mexicana. Si cuando se estaba en lo más recio de la pelea, cuando el absolutismo clérico-militar estaba en posesion de las principales ciudades, si bien nunca estuvo de ningun puerto, ni de ningun Estado entero, pero en que parecia que ninguno de los dos partidos tenia de su parte á la nacion, ni podria jamás el uno llegar á someter al otro, hubiera venido la intervencion obligando á ambos á deponer las armas, llamando á todo hombre nacido mexicano y á todo ciudadano capaz de votar, á que por sufragio universal, sin coaccion de las armas y sin influencia de ninguno de los tres, eligiera el personal de su gobierno y la regla á que éste se habia de atener para asegurar una ley comun y las libertades de todos, que era lo que queria la junta de Navidad, compuesta de todos los partidos y en una gran parte de liberales: y se hubiera limitado la intervencion á sostener la voluntad de la nacion legítimamente expresada, ella habria sido colmada de bendiciones por todos los que sufrían por la guerra civil, y habria sido aplaudido en el exterior por todos los amantes de la humanidad, que no quieren la esclavitud de México, so pretexto de que su tranquilidad interesa á los demas.

Pero venir cuando la guerra habia terminado, por el triunfo de la ley sobre la arbitrariedad, del comun sobre las clases usurpadoras, cuando ya se iba á establecer para de una vez la paz con la economía y la regularidad en la administracion de la riqueza pública, y con la supresion de instituciones dispendiosas y perjudiciales, y cuando precisamente se habia acabado con las distinciones y los fueros, y con los gérmenes de las continuas revoluciones anteriores, yendo á aliarse con los vencidos, á encender de nuevo la guerra en el país, á crear un partido más, el de los afrancesados, que será siempre la excepcion; pero que hará la deshonra y la desgracia de muchas familias inocentes, porque sus deudos miren engañados que

no de otro modo se puede salvar una religion que creen amenazada, y en una palabra, yendo á México á hacer lo contrario de lo que se hace en Francia, esto no tiene nombre, ni seré yo el que se lo encuentre; pero esto se tiene de pagar, si para ante Dios las acciones no varian de naturaleza por lo que se llame política, y quién sabe si el castigo comenzará desde esta vida. Ya comenzó por la humillacion de esas soberbias é invictas legiones, huyendo despechadas de un número tres veces menor de los hijos de ese pueblo despreciado y con la mayor humillacion aún de dar un ejemplo nunca visto en los fastos militares, precisamente por la nacion más militar, á saber: el de una guerra de invasion, en que el invasor va á ponerse á la defensiva y á parapetarse en el país invadido.

Todavía ménos honor hace á la Francia la intervencion en su llegada y para su internacion en el país. Con la capa de amiga y alegando humanidad y civilizacion, pide el permiso de salir de la zona malsana de la costa y que le den alojamiento en mejor clima. Yo se lo habria acordado hasta México, con tal que fueran desarmados, que los fusiles y cañones no habian de ser atacados por el vómito en Veracruz; pero ahora los hábiles diplomáticos europeos ríen á sus anchas del candor de los salvajes mexicanos. Al efecto, ofrecieron reconocer de nuevo al gobierno, que ya tenia reconocido, ofrecieron tratar con él y empuñaron su palabra y su firma en que si no se convenian y habia que recurrir á las armas, volverian á sus puestos. Los cándidos, los mentirosos mexicanos, no creyeron que una tan gran nacion mintiera, se olvidó de las bolas de nieve de Pamplona, y haciendo honor á su palabra, los dejó pasar adentro de sus puntos fortificados.

Una vez hechos de estos puntos y cuando los mexicanos confiados retiraron de ellos las fuerzas que los guarnecian, los invasores ni aún abren las negociaciones, ni aun por honestidad y por interés de la dignidad militar y nacional, tienen, para cubrir el expediente, el disimulo de pasar un ultimatum inadmisibile, de declarar entonces la guerra y de volver por forma á su punto de partida, aunque no fuese más que para hacer en el acto un cambio de frente. Temieron que se guarnecieran las fortificaciones y tener que batirse para volver á hacerse de ellas. Comienzan por violar la convencion con sus aliados. Allí se habia acordado que unos comisarios, nombrados por cada una de las potencias hacian los intereses comunes y obrarian

en todo de acuerdo y á nombre de las tres. El Sr. Saligny, á la interpelacion de sus colegas, responde que no tiene que darles cuentas á ellos, sino sólo á su gobierno, y cuando ellos, no un mexicano, le exigen el cumplimiento de los pactos de la Soledad, en virtud de los cuales se hallaba allí donde se hablaba, el jun ministro plenipotenciario de Francia, no tiene inconveniente en declarar á la faz del mundo, que la firma de un representante de S. M. I. Napoleon III, no tiene más valor que el papel en que está escrita! No hago ninguna calificacion; copio textualmente sus palabras y los signos ortográficos de que van acompañadas no son más que el anuncio del sentimiento con que lo hago. Porque no más pregunto á M. Billault si en un discurso hizo mencion de esta circunstancia, y si la habria omitido y de qué manera habria hablado de ella, si hubiesen sido los mexicanos los del hecho y los del dicho?

Poco ántes de la intervencion, se habia negado á reembarcar á D. Juan Almonte, como lo habia pedido el gobierno de la República, que fué lo único que pidió, y no que se le entregara, como falsamente se habia dicho, y se negó, contra el voto de la mayoría de sus aliados y contra el ejemplo de uno de ellos, que habia reembarcado á D. Miguel Miramon. Dijo la intervencion que jamás un proscrito habia implorado en vano el asilo del pabellon francés: bellas palabras; no mas que pervierte la significacion de todas. Llama asilo, no el del suelo francés, sino el apoyo armado en tierra ajena, y llama proscrito al que ella misma, en la misma nota, dice que lleva la confianza, la voluntad y las instrucciones del emperador, y el que entra amenazando, mandando por todas partes cartas de sedicion y circulares para un pronunciamiento por él y contra lo existente. Es un nuevo modo de prestar asilo, haciéndole proclamar, en los lugares que ella ocupa con sus cañones, jefe supremo de la nacion, y para que ésta exprese su libérrimo voto, se va á ametrallar á la isla del Carmen y á bombardear á Campeche. La nacion mexicana está acostumbrada á que sea la Francia siempre la que le haga justicia en lo que la Francia le imputa. Hoy deshace lo que hizo ayer: la intervencion, por un decreto, ha desbaratado la farsa de su jefe supremo, el cual perdió la gracia de su poderoso protector por no haber guardado la *circumspeccion debida*, esto es, porque anduvo revelando á los comisarios de las